

tentados de la justa medida y á los reconstrutores mecánicos de la métrica fósil."¹

Conington, uno de los mejores traductores de Horacio en lengua inglesa, creía que era la principal condición para traducirlo bien, buscar cierta conformidad de número con el original para conservar, no sólo el efecto métrico, sino también el efecto general del latín. «Por ejemplo, dice, uno de los rasgos característicos de Horacio es su natural sentencioso (*his occasional sententiousness*). . . . condensa en pocas palabras, verdades generales. . . y es casi imposible para el traductor, hacer justicia á esa sentenciosa brevedad á menos que la estancia que emplee, sea en cierto modo análoga al metro de Horacio. Quizás para conservar estas peculiaridades externas, sea necesario refundir la expresión, sustituir, de hecho, la forma de un proverbio con otra, y es preferible hacerlo, antes que retener las palabras en una forma diluída, perdiendo así lo que las caracteriza. No dudo, pues, que es necesario, al traducir una oda de Horacio, escoger algún metro análogo. Si traducimos una oda alcaica y una sáfica en una misma medida (*into the same English measure*), porque el sentimiento de ambas parezca ser el mismo, seguros esta-

¹ Alude seguramente á Carducci, de quien le separa un odio irreconciliable que el gran poeta le ha pagado con usura.

mos de sacrificar algo carectarísticamente importante del original en una ú otra, y quizá en ambas. . . . Mejor es probar á hacer más flexible un metro, que usar dos diferentes para representar dos diversos aspectos de una medida latina. Siento decir que yo mismo me he desviado en ocasiones de esta regla.»

Casasús, no sólo se ha desviado de la regla, sino que, como ya indiqué, ha prestado poca importancia á esa sujeción. Al obrar así, lo ha hecho en ocasiones con mucha cordura, mas no deja á veces de haber errado su propósito de ser estrictamente fiel, siéndolo con las ideas y no con la forma. La oda *Tu ne quisieris*, por ejemplo, la tradujo Casasús con elegancia y naturalidad y una fidelidad muy grande en cuanto á las ideas; pero, muy distante del original en su factura poética, la impresión que produce es totalmente distinta de la de Horacio, á pesar de que dice lo mismo. Tanta diferencia sólo se debe á la disimilitud del metro. Estoy seguro de que si Casasús se hubiese esforzado en traducirla en versos de arte mayor, en vez de los que empleó, la fidelidad se hubiera resentido en los conceptos; pero no en la emoción, que es de mucha mayor importancia, y constituye un elemento de interpretación más trascendental.

Esa oda, y otras que adolecen de la misma

imperfección, no pierden, sin embargo, el sello de su origen. Para que así, aun desdeñando la analogía métrica y su real ayuda á la reproducción del efecto, logre Casasús conservarlo, debe disponer de no comunes facultades poéticas y de una comprensión poderosa y amplia. Es imposible que un carácter inadecuado á la genialidad de un poeta, logre traducir á éste, sin ser por sí mismo poeta, y en cuanto á interpretar igualmente bien á varios, es ser uno capaz de cambiar la propia sensibilidad y ponerla en armónico acuerdo con otros diversos modos de pensar y sentir; es dominar y aun suprimir la personalidad propia para que plenamente resalte la que se reproduce. Cuando me dijeron, por ejemplo, que Pagaza, poeta eminentemente virgiliano, alma reconocidamente ingenua y sin complicaciones ni repliegues psicológicos, hecha á la admiración espontánea de la belleza campestre, de la emoción sencilla, de la ideación fresca y natural que lo lleva á producirse en metáforas tan plácidas, animadas y sanas como las rollizas y desgarbadas zagalejas de la mejor época del bucolismo; cuando supe, digo, que el brillante poeta de los «Murmurios de la Selva,» estaba traduciendo á Horacio, me asaltó, precisamente por ser tan de mi predilección sus versos, el vago temor de oírlo cantar

á Augusto, á Mecenas ó á Glicera, no acompañado por los acordes de la lira lesbia, sino al son empalagoso de la zampoña de Tí tiro ó Dame-tas. Y no fué así: Pagaza sentía á Horacio; Pagaza había penetrado tan hondo en el espíritu delicado y artificioso del poeta de Venusia, que, sin traducirlo en realidad, sino parafraseándolo casi siempre, nada decía que no fuera horaciano, eminentemente horaciano, y aun suprahoraciano cuando le prestaba el fuego de su inspiración propia. Ahora, como antes, Pagaza aparecía grande poeta, dueño de las vivas energías creadoras del entendimiento genial que todo lo comprende, que todo lo abarca y á todo vibra.

Mas á los espíritus de menos amplia comprensión en poesía, cuya sensibilidad no aprecia sino especiales tonos de la orquestación lírica, les está vedado hacer lo mismo. Conozco, por ejemplo, una traducción del *Beatus ille*, escrita con mucha facilidad y bastante galanura, con muchas menos paráfrasis de las que suele prodigar Pagaza y con mucha fidelidad, si por fidelidad se entiende el expresar difusamente las ideas del autor que se interpreta; pero así como en el amplificar de Pagaza dominan las ideas de Horacio, el autor de la traducción á que me refiero, D. Ambrosio Ramírez, infunde á sus estrofas excesivo sabor virgiliano á la vez que acumula

abundante ripio que á manera de falsa joyeria
oculta la riqueza nativa del poeta original.

Doy en seguida un largo fragmento de la tra-
ducción de Ramírez, á fin de que se compare á
la de Casasús:

Feliz quien lejos de negocios vive. . .

Al olmo erguido las crecientes guías
Alegre junta de las vides nuevas;
Poda á su tiempo las marchitas ramas
Y los pimpollos á su vez ingerta;

O á su vacada en el lejano valle
Tranquilo ve desde la roca enhiesta
O en limpias ollas el panal destila
O el hato endeble en trasquilar se empeña.

Y ya que otoño de maduras pomas
Asoma, ornada la gentil cabeza,
Con cuánto gozo los racimos de uvas
Y los perones que ingertó descuelga.

Ora tendido so la añosa encina,
Ora acostado en la mullida yerba,
Oye sin pena las fontanas puras
Que al llano bajan de las altas peñas.

Y le convidan á dormir sabroso
Los dulces trinos que en la verde selva
Alzan las aves y el murmurio blando
Del claro arroyo que cercano rueda.

Cuando á su turno la estación del frío
Con nieve y truenos y chubascos reina,
O tras sus perros sin cesar corriendo
Coge en la trampa á la cerdosa fiera.

O á los golosos y voraces tordos
Pone en horquillas engañosas tretas,
O lazos tiende á la extranjera grulla
Y á la ágil liebre, incitadoras presas,

Con esto ¿quién del lacerado pecho
De amor no ahuyenta las amargas quejas?
¿Y más si guarda nuestro hogar y cuida
De los hijitos la mujer honesta;

O es cual Sabina, ó cual del Pulo amante
La fiel consorte, por el sol morena,
Que al ver que llega el fatigado esposo
La lumbre atiza del fogón con leña,

En los corrales el ganado junta,
Las gruesas ubres de la vaca ordeña,
Previene el vino y sin gastar en viandas
Da á su marido regalada cena?

Yo no cambiara por lucrinas ostras,
Rombos ni escaros, tan sabrosa mesa,
Si á nuestras costas empujara algunos
Del mar hinchado la borrasca fiera.

Mejor prefiero á la africana polla
Y al delicado francolín de Grecia,
Las aceitunas que del verde olivo
Las pingües ramas á placer ostentan,

La fresca malva saludable al cuerpo,
Las acederas que en el campo medran,
La corderilla á Término inmólada,
O la que al lobo se quitó en la sierra.

¡Con qué placer entre los dulces goces,
De la exquisita improvisada cena,
Viera á mis hatos que del campo tornan,
Bien repastados y al corral se acercan;

Cómo las yuntas fatigadas vuelven
Trayendo al yugo la cortante reja,
Y cómo cercan mis risueños lares
Mil esclavillos, del hogar riqueza. . . .

En la versión de Casasús, muy conforme con el original, no se hallarán los abundantes epítetos ni la suavidad por demás apacible que domina en los versos anteriores:

Feliz quien de negocios apartado,
Cual de los hombres la primera raza,
De toda usura libre, con sus bueyes,
Las heredades paternas ara.

Quien soldado, el clarín no le despierta,
Ni el mar airado espanta,
Y el foro evita y el umbral soberbio,
De los grandes señores no traspasa.

Ya el adulto sarmiento de las vides,
A los enhiestos álamos enlaza
Y errantes ve sus greyes mugidoras,
Por los repuestos valles y cañadas,
Para ingertar mejores
Poda inútiles ramas,
Trasquila sus ovejas, y las mieles
En sus ánforas guarda.
Cuando en los campos el otoño eleva
Su cabeza, de frutos coronada,
Cuánto se regocija recogiendo
Uvas rojas y peras ingertadas,
Que á ti, Priapo, y á ti, padre Silvano,
Guardián de los linderos, les consagra.

Alguna vez le place recostarse
Bajo la encina ó en la verde grama,

En tanto que de lo alto se despeñan
En raudales las aguas
Y las aves se quejan en los bosques,
Y de las fuentes manan,
A leve y dulce sueño convidando,
Las bulliciosas linfas desatadas.

Cuando Jove el tonante, en el invierno,
Con lluvias y con nieves amenaza,
Aquí y allí, con perros numerosos,
Los jabalís empuja hacia las trampas.
A los golosos tordos, engañosa
Red prendida en horcones les levanta,
Y la liebre y la grulla advenediza,
Premio debido á sus afanes, laza.
¿Quién los cuidados que el amor procura,
Con los goces del campo, no olvidara?
Si una mujer honesta, por su parte,
Cuida los tiernos hijos y la casa,
Cual la mujer sabina ó la de Apulia,
De andar al sol, tostada,
Y leña seca en el hogar enciende
Cuando la vuelta del esposo aguarda,
Y ordeña las ovejas,
Que encierra por la noche en la majada,
Y vino nuevo del tonel sacando,
Manjares no comprados le prepara,
No las ostras lucrinas,
Ni los rombos ni escaros me agradaran,
Ni todo cuanto la ola del Levante
Arroja tempestuosa á nuestras playas.

No las aves del Africa ó de Jonia,
Comiera con más gusto que las malvas
Que dan salud al cuerpo, la acedera
Que fácil en los prados se propaga,

La oliva recogida
 Del árbol en las ramas,
 O ya el cabrito, al lobo arrebatado,
 La cordera al dios Término inmolada.
 Cuán grato es ver durante la comida,
 Las ovejas que tornan á la granja,
 Los bueyes fatigados que en el cuello,
 Volteado el yugo, lánguidos arrastran,
 Y al redor de los lares esplendentes,
 Los siervos, rico enjambre de la casa!
 Así Alfio el usurero, pretendiendo
 Hacerse campesino, se expresaba,
 Y su dinero que cobró en los idus,
 De darlo á usura, en las calendas trata.

Habiendo ya crecido este ensayo crítico más de lo que me esperaba al comenzarlo, dejo de comparar la obra de Casasús con la de otros traductores contemporáneos, por ejemplo Mitre, que es, de todos, quien más paciencia y cuidado ha puesto al servicio de su empresa. Baste decir en cuanto á él, que si bien fuera una injusticia negarle todo mérito, el que le corresponde es incuestionablemente inferior al que toca á nuestro compatriota. De paso diré que no obstante el lujo de erudición que Mitre despliega en las minuciosas anotaciones de su comentario, su conocimiento del latín es de todo punto exiguo, pues se advierte á cada paso mala inteligencia del texto, y numerosos *quidprocuós* en que incurre al aventurarse en ciertas expli-

caciones.¹ Es probable que se haya valido para traducir de alguna de las muchas versiones en prosa, tan abundantes en francés ó castellano, costumbre que no es exclusivamente suya, pues Magnasco, verbigracia, ha hecho lo mismo, y de ello hay un indicio en la oda *Cum tu, Lydia*, donde traduce *humeros* por *espalda*, probablemente porque en la traducción francesa leería *épaules*, con lo que prueba al mismo tiempo que tampoco esta palabra conocía.

No quiero terminar, sin embargo, sin hacer hincapié en la superioridad con que tradujo Casasús el *Carmen Seculare*, compitiendo nada menos que con Menéndez Pelayo, y aventajándolo bastante.

Apenas si habrá hoy, no en España, pero ni en Inglaterra ó Alemania, hombre de más vastos, profundos y detallados conocimientos en las ciencias calológicas y en la historia del pensamiento humano que D. Marcelino Menéndez Pelayo. Todos celebran su erudición en perfecta conformidad de pareceres, mas no faltan quie-

¹ El curioso puede consultar en el libro de Mitre, plagado de erratas de que sería injusto hacer responsable á su autor, los puntos siguientes en que los errores son evidentemente suyos: Pág. 16, *ad pedem literam*; *A mi las yedras*.—Pág. 45, Falsas promesas que á *mudables genios*, mala interpretación que confirma con estas palabras: «las promesas ante *mudables Dioses*, en la pág. 50.—En la misma pág. 50, *aire enegrecido por las nubes*; misero aquel que . . . —Pág. 51 al fin, *el inexperto que te ame*, etc., etc.

nes pongan reparos á su criterio artístico, á su gusto literario, á su intermitente habilidad en el arte de espontanearse en verso: censuras que nada valen ni hacen vacilar la balanza ponderosa de sus méritos. Si él algunas veces se ha excedido en el panegírico ó ha traspasado los límites de la severidad en sus juicios, ha sido por excepción, y sólo llevado de su ardiente entusiasmo por la belleza, pero nunca deja de pertenecer á los verdaderos sabios que cuando con mejor acuerdo reconocen haberse equivocado, saben corregir el error y volver aun contra sí mismos por el fuero de la verdad. Por mi parte, toda obra suya ha tenido siempre el ascendiente del respeto y el grato halago de cuanto nace de los cerebros bien dotados, y como la admiración que me causa es sincera, creo estar en lo justo siempre que hallo en él algo que me parece menos bueno, insignificante ó erróneo.

Ya dije que el sabio crítico español ha traducido varias odas de Horacio, con pulcritud y gusto clásico, pero con toda la frialdad de que es capaz un traductor más sabio que inspirado, Su versión más elegante y sostenida es la del *Carmen Seculare*, escrita en versos sáficos adónicos, como el original, y en igual número de estrofas, mas no con el mismo aliento ni con muy

escrupulosa fidelidad. Hay en toda ella tales trasposiciones, prosaísmos y amaneramientos clásicos, tanto se resiente de un obligado pulimento, que quienes la lean sin conocer el original han de sentir indiferencia de buscarlo. Si D. Juan Valera dijo de ella que superaba «á toda otra del mismo Himno hecha en castellano,» tuvo ciertamente razón al decirlo, pues que todas las anteriores eran detestables, y sólo Mitre hizo algo peor al querer mejorarlas; pero ya hoy, las palabras de Valera deben aplicarse á la de Casasús.

Compuso Horacio este hermoso himno por encargo mismo de Augusto, para ser cantado en la parte más solemne de las fiestas celebradas al cumplir los diez años del poder imperial, mientras el emperador en persona ofrecía el sacrificio á la segunda hora de la noche, sobre tres altares á la orilla del río, ayudado por quince sacerdotes. Formaban el coro veinticinco niños y otras tantas niñas de noble estirpe. Ya se comprende el esmero que pondría Horacio en componer su Canto, y cuán digno es de que se emplee un esmero semejante al pretender vaciarlo en otra forma.

En la traducción de este himno, se revela todo el esfuerzo empleado por Casasús, y ningún elogio puede ser excesivo al felicitarle por la

brillante traducción con que cierra la serie de las que publica. El mismo número de versos, la misma valentía de inspiración y, en cuanto lo tolera la lengua, igual elegancia, naturalidad y primor de ritmo, de versificación y galas poéticas.

Para estimarla en todo su mérito, debe leerse, como la leí yo, después de examinar con toda atención la de Menéndez Pelayo, que, como traducción es realmente muy superior á las de Burgos, Acuña de Figueroa, Mitre, Ambrosio Ramírez (que se conserva inédita y no pasa de ser un ensayo sin valor) y la del mismo Pagaza, que es principalmente una paráfrasis.

Siguiendo la distribución que da Wickham á las partes del coro, que si no más probable, me parece más natural y sencilla que otras, procederé á hacer mi comparación en porciones para que mejor se aprecie el trabajo de Casasús, lamentando lo que con esto pueda debilitarse la impresión general.

CORO DE NIÑOS Y NIÑAS.

M. PELAYO:

Oh, siempre honrados y honorando Febo
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oídos:

Hoy, que al mandato sibilino, ensalzan
Virgenes castas y selectos niños,
A las deidades que los siete montes
Miran propicios.

CASASÚS:

Oh Febo y Diana, de los bosques reina,
Siempre adorables, de los cielos gloria,
Cuanto os pedimos, conceded en este
Tiempo sagrado,
En que les mandan sibilinos versos,
A niños castos, y selectas niñas,
Cantar un himno á las deidades que aman
Los siete montes.

Excepto en los dos primeros versos de Menéndez y en la mayor exactitud con que vierte (sin lograrla del todo) *lucidum caeli decus*, las estrofas del traductor mexicano aventajan sin disputa á las del español, en naturalidad é imitación del texto, y en la fidelidad con que se conserva todo lo que en las suyas dijo Horacio, pues sólo *et culti* (y adorados) dejó, en rigor, de traducir Casasús.

CORO DE NIÑOS.

M. PELAYO:

Sol que conduces en fulgente carro
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos.

CASASÚS:

Tú que renaces, aunque vario, el mismo,
Oh tú, sol almo, que en tu carro el día
Ya das ú ocultas, que más grande nada
Que Roma veas.

Mayor sonoridad en Menéndez; mayor exactitud en Casasús. La estrofa de D. Marcelino fué ya examinada con prolija atención por Mitre comparándola con la correspondiente de Burgos, que dice:

Tú, que el suelo alimentas,
Tú, siempre el mismo y siempre diferente,
Que ya cubres, ya ostentas
El claro día en carro refulgente;
Doquier tu luz asoma,
Nada más grande, oh Sol, veas que Roma.

y otorga la supremacía á la de Burgos! No obstante la razón que asiste á Mitre en varios de los puntos que señala como mal interpretados ó no traducidos por el autor del Horacio en España, la estrofa de éste se acerca muchísimo más en forma, intención y sabor á la estancia latina, que la ripiosa y dislocada amplificación de Burgos.

CORO DE NIÑAS.

M. PELAYO:

A las matronas en el parto agudo
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de Genital prefieras,
Ya el de Lucina!

Y Casasús, mucho mejor:

Benigna Ilitia, que en sazón los partos
Hábil presides, nuestras madres salva,
Ora Lucina ó Genital te llamen
Cuando te invoquen!

CORO DE NIÑOS Y NIÑAS.

M. PELAYO:

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie
Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres coros y festivas danzas
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Y Casasús, con mayor apego al texto, traduce sin esfuerzo:

Más hijos danos; que prospere, ¡oh diosa!
La ley que al púber la doncella enlaza,
Y que, fecunda, de la unión germine
Nueva progenie,
Para que puedan, al cumplirse, Diana,
Ciento diez años, celebrarse alegres
Tres claros días y otras tantas noches
Cantos y juegos.

CORO DE NIÑOS.

M. PELAYO:

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos,
Bienes mayores:
Rica la tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras suaves.

CASASÚS:

Vosotras, Parcas, que decís veraces
 El fin seguro que las cosas tienen,
 Más hados buenos á los ya adquiridos
 Juntad propicias.
 La tierra, fértil en ganado y frutos,
 Déle de espigas su corona á Ceres;
 Nutran las crías las salobres aguas
 Y auras de Jove.

Menéndez Pelayo no sólo presenta aquí con vaguedad las precisas palabras del coro, sino que traduce mal lo que su émulo mexicano pudo encerrar en ocho versos, de los cuales son esencialmente ceñidos al original los que forman la estrofa última.

CORO DE NIÑAS.

M. PELAYO:

Piadoso atiende á los orantes niños;
 Esconde, Apolo, en el carcax la flecha:
 De las doncellas el clamor escucha,
 Reina bicorne.

CASASÚS:

Plácido y tierno, con tu flecha oculta,
 Escucha Apolo á suplicantes niños;
 Reina del cielo, á las doncellas oye,
 Bicorne Diana.

CORO DE NIÑOS Y NIÑAS.

M. PELAYO:

Si es obra vuestra la potente Roma,
 Si por vosotros se salvó el troyano,
 Para fundar en la ribera etrusca
 Nuevas ciudades;

Si entre las ruinas de Ilión ardido,
 Sobreviviendo á la asolada patria,
 De nueva gloria señalara Eneas
 Libre camino;
 Al dócil joven conceded virtudes,
 Dad al anciano plácido sosiego,
 Gloria y honor á la romana gente,
 Prole y riquezas.

CASASÚS:

Si es obra vuestra Roma, y por vosotros
 De Ilión las huestes á la playa etrusca
 Mudar lograron su ciudad y lares
 Tras viaje próspero;
 Si el casto Eneas, entre Troya en ruinas,
 Sobreviviendo á su incendiada patria,
 Camino abrióles, para hallar más bienes
 Que los perdidos;
 Dad á la dócil juventud virtudes,
 ¡Oh Dioses; dadle á la vejez reposo,
 Y dadle prole á la romúlea gente,
 Gloria y riquezas.

En lo anterior Casasús ha traducido á Horacio; Menéndez lo ha imitado del modo más opaco, así como en todo lo que falta del himno.

CORO DE NIÑOS.

M. PELAYO:

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
 Claro de Anquises y de Venus nieto,
 Clemente rija y poderoso el mundo
 Antes domado.